

de energía y del tono pintoresco, en gracia de la claridad, tomó á su cargo echar mano de las elisiones gramaticales, de las frases combinadas, de las cadencias suspendidas, del verso cortado y de las rimas libres, logrando de esta manera dar frecuentemente una fuerza inusitada á aquella nueva especie de poesía. Habiendo reconocido este vate la vida individual de cada objeto, y dotado de habilidad superior en colorear, sabe representar bajo aspectos muy diferentes, pero siempre con una inmensa fuerza lírica, los pensamientos mas abstractos, revistiéndolos de imágenes sensibles. Pero avanzando, empeoró también, pues que trocó la antítesis por lo que constituye el carácter; quiso pintar, tan solo para poner en actividad esta parte de su talento; suprimió los matices, única mente para acogerse á los puntos extremos; abusó de la alegoría; personificó las pasiones; materializó la idea, y dió rienda suelta á su fantasía hasta rayar en los delirios.

En la naturaleza física y moral, lo deforme está al lado de lo bello, así como la sombra se halla contigua á la luz; y el que presente la obra de Dios tan solo por su lado refulgente, no la enseña toda entera; pero la imitación de la naturaleza es cada vez mas recomendable, siempre que elige lo bello con mayor acierto, no sirviéndose de lo feo sino para darle mas realce. Los románticos franceses, por el contrario, escogieron por argumento de sus composiciones todo lo que hay de mas feo, y así como Byron colocaba alguna virtud en las almas mas malvadas, Víctor Hugo representa alguna cualidad noble bajo las formas mas repugnantes ó la condición mas abyecta.

La poesía dramática, para oponerse á la regularidad del gran siglo, se despeñó en lo extravagante; pero no alcanzó por esto originalidad, y tan solo cambió de modelos. Viguy, dotado de una alma cándida y educado en aquellos buenos estudios que eternizan las obras, nos presentó á Shakespeare en toda su desgredada majestuosidad, sin recortarlo ni darle formas civiles; y en sus dramas, así como en los poemas y en las novelas (*Elloa, Stello...*) queriendo penetrar en la misteriosa sensibilidad de las almas elevadas, reveló é infundió demasadamente aquel desaliento, que no es excusable sino despues de haber pasado largos y robustos esperimentos. Dumas, por el contrario, usufructuó las pasiones fuertes; las estudió en las diversas edades que iba describiendo, y con aquella acción que constituye la esencia del drama, con la práctica de la escena, de los efectos y de las pasiones, que frecuentemente bastan para atraer aplausos, domina su auditorio, pero no lo ennoblece (1). Hu-

[1] No negaremos que Alejandro Dumas tiene algun mérito como autor dramático; pero nos causa no poca maravilla que César Cantú al hablar de este autor, en el curso de la presente historia, no lo considere ni en este pasaje del texto,

go, habiéndose propuesto ser original, buscó en los medios que pone en juego, aquella fuerza que únicamente puede dimanar de la inspiración; puso mas atención á las esteroidades deslumbradoras que al íntimo sentimiento de la época que pretendía representar; se manifestó poeta lírico también en las producciones dramáticas; procuró causar efecto mediante la pompa; representó en la escena situaciones terribles sin cuidarse de si eran ó no verosímiles, y escediéndose hasta el punto en que la pasión no es ya un sentimiento sino un instinto; obtiene como resultado de éste la violencia y la brutalidad [1]. Este autor dejó aislado y sin compañía su Hernani, que fué aplaudido como un feliz preludio, al paso que legó á sus secuaces un frenesí de contrastes extravagantes, de anécdotas y particularidades excepcionales, creídas características, de descripciones y enumeraciones prolijas, mientras que los clásicos, con una ligera indicación describían el velo á lo infinito, y por último, de una naturaleza que raya en lo trivial, no dejando, sin embargo, de torturar el estilo para que reproduzca las angustias físicas y mo-

ni en otros, bajo varios puntos de vista y con especialidad como remendon de novelas. Dumas ha reducido este género de literatura á un conjunto de tradiciones históricas mal cocidas y peor arregladas. ¿Por qué Cantú ha pasado por alto que la mayor parte de las novelas, que llevan en letras de molde el título retumbante de ese Alejandro Dumas, pertenecen á varios muchachos á quienes ese hombrón pensiona para que escriban toda especie de fríaslerías, y las publiquen á su nombre, con objeto de aumentar por este medio su presupuesto? El hecho que acabamos de referir está consignado en las columnas de muchos periódicos franceses. ¿Quién ignora hoy que el *Conde de Montecristo*, que es la novela que mas luce en el repertorio de Alejandro Dumas, es obra del elegante escritor Pedro Angel Florentino, napolitano?

Pero ¿qué diremos ahora de sus famosísimos viajes, atestados de mentiras y desatinos? Cuando Mr. Dumas dió á luz su escursión á Nápoles, se despeñó en tantas extravagancias y contó tantas paparruchas, que su libro se buscaba con mucho anhelo por toda la Italia, como una obra que llevaba el timbre de una gran originalidad por sus locuras; y cuando poco despues publicó su *Viaje á Alemania*, los mismos franceses le ridicularizaron hasta pintarlo con un talego á cuestas que iba recogiendo dinero por la calle, para dar á entender de este modo que el único objeto de sus publicaciones era la ganancia material. Y finalmente, este autor no podía por cierto alterar su sistema al hablar de España, tan solo para prestar un débil homenaje á la verdad, que muchos odian y muy pocos quieren.

(Nota del traductor.)

(1) Es natural la transición de Frollo de *Nuestra Señora* al doctor Ferrand en los repugnantes *Misterios de Paris*.

rales. Pero, siendo cierto que la excepción tiene siempre menos variedad que lo natural, esta marcha por cuyo medio se pretendía evitar el tedio y la monotonía, condujo prontamente á ambos vicios, y se acabó por prodigar las imágenes de un sufrimiento atroz, inevitable é inútil. Hugo, á pesar de haber definido la poesía en esta forma, "lo que hay de mas íntimo en cada cosa," edificó la mas grande de sus obras, apoyándola en la necesidad; y escribió esta palabra sobre el templo de donde se despiden los rayos de la esperanza que consuela la tierra.

La comedia también, manejada por los que disfrutaban de la mejor reputación moderna, se reduce á farsa; son muy raras las que no han sido obra de varios colaboradores, (1) y

[1] Vivimos en un siglo dichoso, porque todos los elementos civilizadores, siguiendo el rumbo de la moda han formado máquinas intelectuales al vapor. Si quiere tenerse conocimiento de la política palpitante, se acuda á los periódicos de todas las cinco partes del mundo, y se verá como en menos de un par de horas se atestan columnas enteras de doctrina, de política interior y exterior, de proyectos administrativos, de planes de paz y guerra, de teorías reorganizadoras, que nos han dado á conocer que la propiedad es una injusticia y el matrimonio una locura. ¿Creéis acaso que estos artículos de periódicos están escritos en el silencio del gabinete consultando á los padres de la ciencia? ¡Vaya! no conocéis el siglo.... Están escritos al vapor. ¿No llega un viajero por el ferrocarril en tres cuartos de hora á Aranjuez? ¿Por qué, pues, un buen periodista no puede tratar con su cigarro en la boca, en el mismo intervalo de tiempo, de los intereses de Francia, de Inglaterra, de España y también de las tierras oceánicas? El teatro, dice un ilustre autor, es la escuela de las costumbres, el conjunto moral y el cuadro de una sociedad viviente. Muy bien; ¿pero todo esto no se trata al vapor? Pues es muy consiguiente que también en la poesía dramática se haga lo mismo. Pero la principal cualidad de las máquinas de vapor es la de reconcentrar mucha fuerza en un punto para obtener el resultado mas inmediato y pronto; los autores, pues, ó escritores, ó escribientes [porque todas estas palabras hoy son sinónimos] de dramas, habiendo reconocido esta gran verdad, se juntan entre sí en número de dos, tres, cuatro ó mas, para escribir un buen drama ó comedia de costumbres, ó cualquiera otra cosa, que se llame dramática. En esta circunstancia algunos de esos viejos que chochean, y que están acostumbrados á la lectura insulsa é insustancial de los autores rancieros, como por ejemplo Moliere, Racine, Lope de Vega, Calderon, Goldoni y otros por el estilo, dirán: "cada autor tiene su modo especial de ver la sociedad en conjunto y en cada una de sus partes; la moral es única, pero sus combinaciones, son infinitas é ilimitadas sus varios puntos de vista, así que es imposible, que diversos autores compongan un solo drama uniforme, que tenga un solo punto de vista, y que conserve armonía y relacion entre todos sus

que se consienten por la máquina dramática, por caracteres constantes, por diálogo que merece verdaderamente este nombre, y

accesorios." No escuchad la larga plática de esos de la escuela antigua que algunos impropriamente han llamado "del buen sentido." Hoy se ha conocido que el teatro es un objeto de gran diversion, y que así como el principal mérito de una francachela consiste en el bullicio de las muchas personas que la componen, una composición dramática saldrá mas brillante siempre que se pongan muchos á la obra, porque cada uno la adornará con sus chistes. En efecto, como indica nuestro autor, ¿cuántas anécdotas, cuántos rasgos originales, todos diversos y *sui generis* no se oían hoy en las producciones teatrales? Por lo demas, ¿qué necesidad tenemos de que una producción dramática sea altamente moral y uniforme, cuando las primeras actrices son bonitas, cuando toda la compañía espresa con viveza de colores, de naturalidad, el arte de una refinada seducción, ó las intrigas amorosas y el adulterio toman un aspecto noble y que tiene algo de heroico? ¿Se quiere, acaso, moralidad? ¿No la tenemos por ventura en todas las comedias que mas ó menos acaban siempre con un matrimonio? Es una verdad conocida por los hombres y hasta por los niños, que cualquiera *solterita* de estragada conducta recobra su honor y hace papel en la sociedad si delicadamente se enlaza en dulce himeneo. Ahora bien, la poesía dramática, que pertenece al sexo femenino, ¿por qué no puede aspirar á las mismas prerogativas? Sea, pues, cual fuere su enredo inmoral, cuando acaba con un matrimonio no podrán quejarse las conciencias timoratas, porque tienen ya la moral cogida en el puño, la cual en esta ocasion, yo creo que posee la gran fuerza mágica de borrar todas las espresiones escandalosas oídas y presenciadas cinco minutos antes.

Cuando ve un hombre juicioso, que un autor teatral tiene un sueldo superior al de las primeras notabilidades del Estado, no puede menos de esclamar lleno de regocijo: ¡vivimos, por cierto, en una época de mucha civilización y de verdadero progreso! ¿Tenemos ya un derecho de ser libres! Hoy, si se paga poco á las notabilidades del Estado, no se repara en prodigar tesoros á un artista que nos divierte un par de horas, y en esto se hace muy bien; porque, finalmente, el ser ministro ó alto magistrado no cuesta tanto como ser buen autor, buen cantante ó excelente bailarín. Podríamos tal vez sustituir de alguna manera á los primeros: pero ¿cómo reemplazaríamos á los segundos? Por lo demas, nuestro teatro moderno, no tan solo nos ofrece ejemplos de moral, sino también nos renueva grandes memorias, sacando á la escena los héroes de la antigüedad; los cuales asombrados al contemplar los progresos de la sociedad moderna nos refieren sus antiguas proezas, y sus combinaciones ambiciosas, cantando con grande acompañamiento de violines, clarines, platillos y hasta tambores, y tal vez bailando un padedú ó un paso á tres. ¿Se pretenderá, pues, que es escasa la paga que se da á personas que hacen can-

por lección vivaz. Las producciones de Scribe no son más que esterilidad y un conjunto de anécdotas, de proposiciones mal interpretadas, de equívocos y de causas pignas que producen grandes acontecimientos. Este autor alguna que otra vez desfiló la verdad, pero no alcanzó nunca lo ideal, ni sondeó la profundidad del corazón. He aquí por qué agrada. Algunas comedias de los teatrillos de París nos chocaron aun más que estas figuras de linterna mágica, porque se dirigen á aquellos fines elevados, sin los cuales la literatura es un teclado que no da sonido. Pero estas producciones no habian salido de la pluma de grandes literatos ni de personas autorizadas.

Por lo demás, en el teatro se exajeran los defectos, por lo que se concluye con adular al vicioso, mientras que se pretende corregirle, y se estimula la decrepitud de la escena con alicientes costosos, ó se sofoca el pensamiento que se teme, con cantatrices y mímicas.

Si llegaran á lo menos á los venideros los títulos con que suelen distinguirse, las cosas, causarían maravilla que se haya apropiado el título de seria y positiva á una edad, que se encontraba en la precisión de suministrar una novela cada semana á la insaciable curiosidad predominante. Las novelas, cuya lectura es universal, han agitado hoy todas las cuestiones así políticas como sociales; pero en la necesidad que se ha experimentado de conseguir lo nuevo, se buscó lo extravagante, la paradoja y los estímulos violentos hasta el punto de que se convirtieran

tar y bailar á Aquiles, á Ulises, á Annibal á César y á Pompeyo.

Tanta magnificencia de cosas, no solamente embriaga de heroísmo á los espectadores, sino también da cierto aire enfático á los grandes actores, que en todas sus representaciones ostentan siempre un tono desenvuelto y casi declamatorio. En prueba de ello vamos á narrar una anécdota histórica tal vez no muy conocida. Cuando Napoleón recibió por primera vez á Talma, después de haberlo colmado de elogios por su habilidad, le dijo estas palabras muy significativas. "Talma, ¿es posible que los héroes que vosotros representais, hablaron siempre en ese tono de énfasis y con todo el entusiasmo de que vosotros haceis ostentación? No me parece conciliable con el buen sentido que revelasen sus amores con una princesa ó con una esclava con tanta prosopopeya."

Hemos querido de intento dar latitud á esta nota, tomando nuestro punto de partida de lo que dice César Cantú en el texto acerca de la poesía dramática en esta época, porque conociendo que los espectáculos teatrales han tomado un rumbo muy perjudicial, y que es necesario dar más importancia á su parte artística y moral, reformando todo lo que se refiere á la ejecución y á la práctica, hemos creído muy útil emitir las ideas espuestas.

(Nota del traductor.)

en verdaderos crímenes contra la moral y la humanidad. Rousseau habia introducido ya en este género de literatura la inevitabilidad, la justificación de las pasiones y la fatalidad de las circunstancias: lo que interesaba al vicioso en mengua del hombre de bien, ocasionaba el disgusto de la vida real, y llevaba finalmente al abandono de los deberes pertenecientes á ella. Rousseau fundó una escuela. Las novelas de Hugo son más bien la aplicación de su teoría de lo feo que cualquiera otra cosa. Este escritor en *Nuestra Señora*, que es una pintura admirable, sepultó á los hombres bajo la arquitectura, á las almas bajo el peso de los sentidos, cuya fisiología espuso, se sumió en padecimientos exquisitos, pero sin ninguna elevación hacia aquel órden de cosas que les hacen adquirir un carácter expiatorio y de preparación. Tan solo en el *Ultimo dia de un condenado* y en el *Clavilio, El mentigo*, investiga los desórdenes sociales, que castigan á los hombres por culpas á las cuales ellos mismos lo han arastrado.

Pablo de Kock hizo revivir las sensualidades groseras del siglo XV. Balzac con mucha perspicacia, con una poderosa descripción, y con el arte de apropiarse lo ajeno, gustó también á personas serias como [Luis Lambert y Eugenio Grandet] antes de que se abandonara á la sensualidad, la cual, queriendo entremezclar con no sé qué de espiritual, produjo un conjunto bastardo é indecente. Una mujer [1] se sirvió de la novela como instrumento apto para demostrar las teorías y apoyar sistemas; y ésta, bien por la fuerza de su pensamiento, ó bien por el poder de su estilo, tiene pocos rivales entre los hombres mismos. Que no confunda nadie su persona con la chusma de los novelistas, ni todas sus creaciones con aquellas primeras escritas con la sangre que destila de un corazón femenino: sin embargo, se puede también pedirle cuenta severa de los motivos que la indujeron á minar la sociedad, á esforzarse en demostrar la nada de las creencias y hasta de la voluptuosidad; de los motivos que la indujeron á lanzarnos á pasiones violentísimas y a la inmensidad de los deseos más bien que fortalecernos contra las inclinaciones inhumanas ó interesadas.

Cuando después las novelas salpicaron las columnas de los periódicos, lejos de procurar que las dieran realce el arte y una situación racional, se acudió á lugares comunes, á la satisfacción de una curiosidad instantánea y á pasiones rastreras; y dirigiéndose siempre este género de literatura más bien á los sentidos que al entendimiento, se hizo alarde de pureza en el adulterio y en la prostitución, y de heroísmo en el suicidio, propagando de esta manera con hipocresía la inmoralidad bajo pretexto de proclamar el bien. Es cierto, pues, que son en número muy crecido las calamidades de que se cul-

[1] Jorge Sand.

pa á las novelas francesas, que lo embaduran todo ya con sus habladurías lamentosas, en la que se prodiga la muerte, ya revolcándose en lo más cenagoso de la sociedad y en la bajeza de aquellos sentimientos y de aquellas expresiones, que se reputan necesarias para atraer la atención en medio del bullicio de los negocios, de las orgías, y de las lascivias. Se debe á ellas el descontento de las mujeres en su propia situación; la caducidad precoz de las ilusiones generosas en la juventud; el escepticismo satírico en todos, y aquel mirar la sociedad, oscilando entre la compasión y el desprecio, como suele verificarse cuando se nos presentan á la vista espejos empañados y ondulantes, que reflejan formas monstruosas y fisonomías repugnantes. Sin embargo, tanta parte de mundo y la Italia se regocijan hasta la saciedad de aquel charco de donde no las desvian aquellos que no conceden finalmente la verdad sino á sorbos; se regocijan en libros acerca de los cuales no podemos decir más, sino que deseamos con anhelo que sus autores se arrepientan de haberlos escrito, á lo menos cuando el mundo los haya ya olvidado desde algún tiempo.

La historia de la literatura no podría reducirse hoy á un catálogo de los escritores de cada país, clasificados en categorías arbitrarias, con sus fechas correspondientes, y con el título preciso de sus obras y ediciones, sino que debe considerarse como una revelación de las ideas y de las pasiones, como un drama arcano de las razas. Así la han concebido los alemanes, los cuales, profundos en el conocimiento de los clásicos y en la ciencia filológica, menos fáciles, por su propia naturaleza, de apasionarse que los demás, no se dejan, sin embargo, estraviar por el afecto ó el rencor; así que pueden culparse de novedad en sus juicios pero sin que una infamia venal calumnie ó denuncie la libertad de su pensamiento. Sismondi juzgó la literatura del Mediodía, guiándose por el sentido de Madama Staël; pero amalgamando en ella muchos conceptos de su tiempo, no pudo llegar á entender un crecido número de cosas ni lo que hay en ella de original y espontáneo. Hallam, habiéndose propuesto hacer un cuadro de la literatura europea desde la época del renacimiento, tuvo á la vista la larga cosecha de trabajos emprendidos en su país y en Alemania; pero este autor ya manifiesta escasez de datos, ya reboza en conocimientos según las fuentes á que ha acudido, careciendo siempre de juicios originales y de vastas concepciones. Schoel dió á luz una historia de la literatura griega y romana; pero su trabajo no es más que el de un compilador, y además es de considerar, que se atuvo, como el precedente, á subdivisiones de materia que el argumento rechaza. En Italia, Lombardi, continuador de Tiraboschi, parece haberse propuesto no elevarse un ápice sobre su pedestre antecesor, y no pronunciar jamás un juicio propio. J.

B. Corniani desmenuzó en los individuos aquella historia cuya significación resulta de su conjunto entero; pero este autor á través de un estilo más bien incorrecto que desaliñado [1], da á conocer que ha hecho estudio sobre los autores, y que tiene aquella pasión sin la cual ningún tema puede tratarse noblemente. Camillo Ugoni, que continuó la obra de Corniani, tiene pensamientos más elevados.

La crítica de una profundidad laboriosa, que se apoya en el ejercicio del pensamiento, en la práctica de la paciencia y en aquel poder idealista, que no puede nunca discernir el fondo de la forma, ni coger la unidad del espíritu que reside bajo la variedad de la letra, se hundió estando frente á frente de aquella crítica de folletos, muy frecuentemente aduladora y siempre miope, la cual, sin embargo, triunfa porque los periódicos se leen, al paso que los libros se condenan al olvido. Los periódicos literarios, que debían ser la revelación del sentido estético de un pueblo entero y los materiales para la historia verdadera, no se han elevado aún en Italia á aquella dignidad que juzga sin proponerse por objeto vituperar ó adular, que valúa el mérito en vez de aceptar servilmente el precio corriente, que es relativa y examina desde un punto elevado, descubriendo no tan solo los defectos, sino haciendo saborear también las bellezas. Cuando nosotros emprendimos la escabrosa tarea de juzgar á los autores, no tan solo con aquella imparcialidad que fácilmente se otorga á los que han acabado de existir, sino también con aquella persuasión que se deriva de la conciencia por haberlos examinado nosotros mismos, fuimos culpados inexorablemente porque buscábamos en ellos no solamente los méritos literarios, sino la intención política y el efecto moral, la correlación entre sus escritos y los sentimientos del siglo. Es cierto que una historia literaria de Italia considerada bajo este punto de vista no existe aún; ni la libertad se ha educado bastante valerosamente para arrostrar sin miedo la tiranía magistral.

En Francia, en la primavera de que disfrutó la literatura durante la restauración, y antes de ser absorbida por la política, la crítica ensanchó la esfera de sus deseos. Villemain, hombre dotado de gusto, imitador del estilo antiguo, adoptó reglas diferentes de las de Horacio y Boileau, y aunque más claro y racional que animado, aunque evita un tono decisivo y resuelto, porque tiende demasiado

[1] En la primera plana de *Los Siglos de la literatura* de Corniani leo lo que sigue: El que escribe no tiene más objeto que el de dar á conocer lo que constituye al hombre y al literato. Los modernos panegiristas han recogido únicamente pocas espigas de la literatura italiana... han abrazado con demasiada avides las exageraciones. En sus escritos fogosos los lineamientos tienen formas gigantescas.

á conciliarlo todo, no dejó de infundir cierta emoción en los jóvenes oyentes, esforzándose en buscar "el talento y el genio aplicados á los intereses civiles de la sociedad." [lec. 57]. En efecto, aunque venerador de los enciclopedistas, se atrevió con noble osadía á decir que encontraba admirables y bellos los escritos de los Santos Padres; pero cuando dice que la "alusión contemporánea tanto mas estrecha el término de la duración de las obras, cuanto mas las concede estar en boga," pronunciaba la condena de muchos trabajos de sus conciudadanos, y en parte también del suyo. Obsérvese también en Villemain aquel defecto que quita la belleza á las obras contemporáneas, esto es, el sello de la improvisación [1]. Podríamos casi

(1) Las oscilaciones políticas acarrear en pos de sí dos inconvenientes muy perjudiciales á la cultura intelectual de las naciones, á saber: la inestabilidad de las doctrinas sólidas, y de aquel espíritu filosófico, que lleva un timbre verdaderamente nacional en todas sus formas. P. L. Courier, vigoroso filólogo francés, dijo con mucho tino, "desde el siglo de Luis XIV no se ha vuelto á escribir nuestro idioma." Esta proposición, aunque tiene algo de exagerado, nos da á conocer, que el espíritu revolucionario, que empezó á fermentar en Francia después de la muerte de aquel gran monarca, y las oscilaciones políticas que fueron su consecuencia, comenzaron por cambiar las formas del lenguaje, expresión de la idea nacional, y acabaron por destruir la literatura francesa sólida, cuyo trono habían elevado los Bossuet, los Fenelon, los Flechier, los Pascal y un crecido número de otros varones cuyos nombres están estampados en letras de oro en el templo de la inmortalidad. La filosofía volterriana y de sus secuaces, y el diluvio de folletos y periódicos asquerosos que brotaron en Francia después de haber estallado la gran revolución de 1789, arraigaron en la nación aquel espíritu de superficialidad que dura todavía, y que ha producido una turba de escritores, entre los cuales hay algunos que se esfuerzan en hacer alarde de profundidad, pero sin abandonar el sistema de moda. Villemain, cuyo mérito literario reconocemos, es uno de los adalides que componen el coro de los literatos franceses que tienen buenas ideas; pero no ha sabido despojarse de la superficialidad de su siglo, y arrastrado por la moda, ha seguido el sistema de dictar lecciones improvisadas con aquel aire de sosiego que falla terminantemente, en pocas palabras, sobre materias que requieren tratados extensos y profundos. Gran parte de los juicios críticos de este autor son aventurados ó entresacados de otros escritores no muy apreciables; conoce muy bien la literatura de su país; pero no ha sabido despojarse de ciertas preocupaciones nacionales, cuya falsedad es patente. Así es, que al hablar de Victor Alfieri, procura con palabrerías insustanciales, quitarle el mérito de la originalidad para darlo á Corneille y Racine; que al hablar de los dramáticos españoles, evidencia su ignorancia de nuestro teatro colosal y del espíritu del idioma caste-

afirmar que los franceses han perdido la facultad de meditar una obra en un largo silencio; la facultad de escribir difícilmente páginas fáciles y sencillas, y últimamente la convicción de creer que no han hecho mas que la mitad del libro después de haberlo concluido. Si se exceptúan un par de historias y algunas novelas mas, no quedan sino lecciones recogidas por medio de la taquígrafía, artículos de periódicos ó cartas, composiciones que dispensan de la obligación de completar plenamente las materias que se tratan y dar perfección al estilo, no pudiendo nadie pretenderlo en trabajos apenas corregidos en las galeradas, y de tal naturaleza que excluyen toda meditación y todo concepto de proporción en sus partes. Así han brotado las obras de Guizot, de Cousin [1],

llano; y finalmente, sus lecciones, que componen una serie de volúmenes podrían reducirse á dos ó tres, si se mira al fondo de las ideas que tienen algo de bueno y sustancial. Villemain conoce la literatura inglesa, lo que es también una consecuencia de la *Anglomanía* que invadió á Francia á mediados del siglo pasado; pero sus mismos juicios críticos sobre los autores de aquella nación, lejos de tener el sello de la profundidad inglesa, llevan el timbre de la ligereza francesa. Y últimamente, el defecto esencial de este retórico consiste en la falta de unidad y de aspecto propio tan contrarios á la improvisación literaria, que se ha adoptado hoy en Francia; la cual, aunque es muy oportuna para popularizar la cultura intelectual, destruye completamente el espíritu de meditación profunda que constituye el inmenso edificio intelectual y social.

(Nota del traductor.)

(1) Un escritor que se respeta á sí mismo, no puede hacer traición á sus convicciones, bien sean políticas ó literarias, aun cuando pueda tener en contra suya la opinión del mayor número. Esto es lo que nos sucede en el presente caso con respecto á Mr. Guizot, cuyo nombre se toma en esta época como sinónimo de político profundo y escritor colosal. Nosotros veneramos mucho á este ilustre personaje; reconocemos algo de originalidad en algunas de sus ideas, y acaso le apreciaríamos aun mas, si no hubiese escrito tantas lecciones, que nos obligan á calificarlo de retórico de un rango por cierto mas elevado que Mr. Villemain, cuya retórica es puramente literaria, al paso que la de Guizot es política con matices religiosos y morales.

Considerando que no es propio de una breve nota analizar detenidamente todas las obras de un hombre, cuya fama europea ha colocado entre los primeros escritores de su siglo, nos limitaremos á algunas pocas reflexiones especiales; pero dándolas aquel carácter de generalidad que puede abrazarlo todo.

Cualquier escritor, aunque mediano, puede atestar de reflexiones no vulgares los argumentos que emprende á tratar, como lo hacen hoy muchos autores franceses y principalmente Mr. Guizot. Este método, que tiene un fondo de utilidad, y que Mr. Lamartine ha hermoseado con todos

de Lherminier y también de Thierry. Este sistema acarrea consigo, no tan solo aquella

los encantos de la poesía, no es por cierto, lo que constituye el escritor universal y profundo; no es lo que constituye el hombre iniciador, y mucho menos el jefoante, ó para explicarme con mas claridad, el sumo sacerdocio destinado á presidir y reformar el cuerpo político. Para alcanzar tamaño objeto es menester emitir ideas radicalmente nuevas, propias del genio y no de la facilidad que da el uso de manejar bien la pluma. Monsieur Guizot en sus obras históricas y políticas no sale nunca del círculo de lo pasado y de lo presente, y si alguna que otra vez quiere penetrar con su perspicacia en lo futuro, es dominado por una fuerza irresistible, que lo obliga con violencia á fijar sus miradas en lo antiguo ó en lo que hemos presenciado; pero no como tradición histórica, sino como punto de partida, cuyos principios pueden ser modificados mas bien que refundidos. Además, este escritor, adherido á los principios de la reforma, no ha sabido desprenderse lo bastante de aquel espíritu de secta, que no impidió al gran Leibnitz, aunque protestante, conocer que el único elemento social es el principio centralizador y unitario del catolicismo, por lo que todos sus escritos llevan aquel carácter inestable de reformas temporales, que no se apoyan en un principio sólido y perenne.

Sus historias de la civilización en Europa y en Francia no salen de la esfera de una reseña histórica, salpicada de reflexiones, y no tienen aquel golpe de vista que lo reúne todo en un solo punto del vasto horizonte que han recorrido los siglos. Pero, para llegar á un resultado tan humanitario y colosal era menester no escribir lecciones improvisadas, y no perder de vista, que la civilización de un pueblo es indirectamente la de todo el género humano. Mr. Guizot no hizo ninguna de las dos cosas. Su obra sobre *La democracia en Francia después de la caída de Luis Felipe* es una repetición, en gran parte, de los principios profesados por Mr. Guizot en otras ocasiones; y podemos decir en buena conciencia, que la lectura de aquel libro es una verdadera peroración retórica, que tiene relámpagos en vez de una luz permanente que pueda guiarnos en el vasto laberinto de las mudanzas políticas, que todo el mundo preve en Europa.

Vamos ahora á hablar de Mr. Cousin. Algunos colmaron de elogios hace muchos años á este filósofo francés; pero los mas ilustrados entre sus mismos connacionales han llegado á convencerse de que Mr. Cousin es un pobre hombre, que no tiene mas gloria sino la de haber mal extractado algunas opiniones de la escuela alemana, revisitiéndolas á la francesa y aumentándolas en todo lo que tienen de erróneo ó mal fundado. Nosotros, aunque podríamos esponer en esta nota las principales doctrinas de Mr. Cousin, nos dispensaremos de tomarnos semejante molestia, porque el ilustre Vicente Gioberti, en su introducción al *Estudio de la filosofía*, obra muy conocida, lo ha victoriosamente refutado, evidenciando sus errores capitales y su mezquinísima capacidad. Notaremos, pues, tan solo de paso, que este autor,

medianía en que quedan obras semejantes, sino también encarna en los autores el hábito de satisfacerse con las impresiones instantáneas, y con el ruido (1) que sus obras actualmente producen; y acaricia las pasiones del día (2); por lo cual, es menester grabar en las poquísimas obras que salen á luz, el año en que fueron dictadas.

encubriendo sus pocos alcances con un mal entendido amor de patria, atribuye el principio de la verdadera filosofía á Descartes, considerándolo como el único padre de la filosofía moderna, y concluyendo casi todas sus lecciones con profusión de elogios á los franceses y á la Francia. Es también muy notable que Mr. Cousin, siempre que le ocurra decir algo acerca de la política, sea con respecto á las ciencias filosóficas, ó considerada por sí misma, no deja de contemplar á su modo, la serie de acontecimientos, cuyos resultados han sido, ó son todavía, el opuesto de lo que este autor explica en cátedra, ó por propia convicción ó por atraerse los aplausos de los franceses, siempre prontos á elogiar mas bien las formas, que la sustancia de los períodos retombantes. En efecto, en una de sus lecciones filosóficas, al hablar Mr. Cousin, de la caída de Napoleon, no sabemos decir si á propósito ó fuera de lugar, pronunció estas palabras, dignas de ser trascritas: "Sabeis, señores, que en los campos de batalla no desaparecen los pueblos sino las ideas y sus causas. En Leipsick y en Waterloo se encontraron la monarquía paterna y la democracia militar. ¿Quién ha vencido señores? Ni una ni otra. ¿Quién ha sido el vencedor y el vencido en Waterloo? Señores, ninguno [aplausos], lo protesto, ninguno: los únicos vencedores han sido la civilización europea y la *Carta* (aplausos unánimes y prolongados). Sí, señores... La *Carta* llamada á dominar en Francia, destinada á someter, no digo á sus enemigos, porque no los hay..., no tiene enemigos..., sino á los retrógrados de la civilización francesa (aplausos repetidos) (a)." Monsieur Cousin decía estas palabras después de haberse verificado el Congreso de Viena, en el cual se había dispuesto de los pueblos como de un rebaño de ovejas, después de la intervención francesa en España, y cuando la Polonia y la Italia tenían sobrados motivos para depositar sus esperanzas en la civilización francesa: por lo que el citado Gioberti al referir el trozo mencionado, dijo con graciosa ironía: "Conozco pocas escenas en todos los cómicos antiguos y modernos tan dramáticas, como este monólogo y el coro que le acompaña."

[Nota del traductor].

(1) Un gran poeta comenzó locamente una oda á la luna, diciendo que resplandee sobre el campanario como un puntito encima de una \hat{e} , continuando con otras extravagancias por el estilo á fin de atraerse la atención del público.

(2) Nada hay que hastie mas como el ver las lecciones de Cousin, de Villemain, de Guizot, de Danous, interrumpidas por estas palabras, *ri-*

[a] Introd. á l'hist. de la phil, leçon 13.

La época en que escribieron Byron y Walter Scott fué para Inglaterra un siglo de oro émulo del de Isabel, y mas original aún que el de Ana; pero se prefirieron a los sublimes argumentos de entonces, temas domésticos. Entre el crecidísimo número de los secunaces de Walter Scott, Bulwer únicamente toma su punto de partida de un vasto horizonte de ideas, y se dirige á un objeto serio: este autor tiene muchos conocimientos; pero esto mismo lo hace divagar en digresiones inoportunas. Bulwer puso en juego todos los resortes de su ingenio para dar á la condicion de literato todo aquel grado social lleno de dignidad de que carece sobre manera. (1). El *monge de Lewis*, modelo sobre las producciones de Ana Radcliffe es un conjunto de terror y falsos matices mezclado de pinceladas voluptuosas. Guillermo Godwin se complace tambien con las escenas de terror, pero las extrae del corazon y no de combinaciones exteriores; en el *Caled Williams*, poniendo en juego situaciones espantosas, almas ebrumadas de afliccion, pasiones enfurecidas y misantrópicas, toma por su blanco el sistema social como lo hizo Byron mas adelante. Guillermo Godwin fué tambien gran político y escribió sobre la república de Inglaterra.

Muchos otros, y con especialidad algunas mujeres [Edgeworth y Arblay &c.], imitaron á Richardson en el analisis de los afectos. Lady Morgan, llena de ingenio y atrevimiento, provocó con sus novelas las injurias de muchos, y con especialidad en Italia, donde permaneció largo tiempo relacionada con los liberales y sentenciando acerca de ellos en tono de proteccion. Los ingleses cuando escriben viajes, que son cosecha muy rica para ellos, porque apropiada á su vida vagabunda, llevarian el timbre de un alto mérito, si supieran despojarse por un instante de sus modales, de sus costumbres y de su habla nacional, que les induce á reprobar todo lo que no conserva con ellos uniformidad; así que ven las cosas á través de un prisma que las refleja poco y mal. Salieron mas airosos los novelistas de costumbres y escenas domésticas. Carlos Dickeus, que ahora empieza á disfrutar de una aura mas favorable, está atestado en sus obras de aquella seriedad chistosa [humor] que ha distinguido á los autores de *ensayos*. Dickens saca la moral de las tradiciones populares y pueriles, pero de un modo suyo propio. Israelí hiere con mayor fuerza en la novela política á la aristocracia intolerante y tiránica, á una sociedad "cuyas relaciones funda-

sas.... aplausos.... y &c., y despues nosotros no tenemos hoy bastante tiempo para hacer algunas observaciones sobre.... yo me veo obligado á abreviar.... &c.

[3] Si la *Familia Caxton* publicada en el año de 1848 es verdaderamente obra suya, no le colocaremos en un grado inferior al de los eminentes Fielding y Richardson,

das en el egoismo, en la crueldad y en el fraude, llevan á la inmortalidad, á la miseria y al crimen," y pone en contraste los males del pueblo inglés. "Valeroso en otro tiempo, feliz, religioso y bueno mas que cualquier otro de este mundo, al paso que ahora vicioso, envilecido, estenuado, vive sin dicha y agoniza sin esperanza."

Toda la literatura inglesa campea bajo los dos pendones políticos de los conservadores y de los progresistas. Así los primeros como los segundos, fundaron una universidad en Londres, y habiendo los wigs planteado en el año de 1802 la *Revista de Edimburgo* bajo la direccion de aquel Jeffrey, que Walter Scott y Byron proclamaron como el primer crítico del siglo, los torys opusieron al periódico mencionado la *Revista Trimestral*. Los juicios de estas dos obras se resienten necesariamente de sus principios políticos; pero considerados en su generalidad, tienen un caracter serio y profundo, y los redactores no contentándose con el humilde trabajo de pronunciar acerca del mérito de un libro, quieren tambien medir por quilates los principios que lo han inspirado.

Siempre que el ingenio toma visos de tamaña importancia, los partidos se esfuerzan en ganarlo; así es, pues, que en aquellas dos revistas figuran trabajos elaborados y producciones de las plumas mas eminentes [1] sobre la jurisprudencia, las artes y las ciencias gubernativas; y puede decirse que las discusiones parlamentarias fueron introducidas por este medio en la literatura. Roberto Wilson, prosista robusto, patrocinó la causa de los torys con elocuencia fácil, con intimo sentimiento y con gala. Macaulay adquirió con sus ensayos en la *Revista de Edimburgo*, reputacion y un puesto en el parlamento, y narró los acontecimientos de los dos últimos siglos en una serie de artículos que escribió acerca de algunas publicaciones recientes. En aquellas revistas se discutieron tambien muchos problemas históricos, descomponiendo de esta manera las cuestiones que en otro tiempo se habian agitado, con objeto de reunir sus primeros elementos en torno de una nueva expresion social. Todo esto produjo una gran propagacion de conocimientos y de buen sentido en las clases medias, y contribuyó tambien á tener siempre alerta la atencion de los autores, impidiéndoles entregarse á un dulce sueño en medio de sus laureles.

El teatro en Inglaterra tampoco fué feliz. Byron no escribió sus dramas para la escena, y son mas apreciadas las *Composiciones sobre las pasiones* de Juan Baillie.

El diccionario de diez mil autores ingleses vivientes, publicado por los años de 1830, comprende mil novecientos ochenta y siete poetas. Los críticos saben distinguir entre todos estos las escuelas irlandesa, escocesa

[1] Walter Scott, Sidney, Smith, Gifford, Mackintosh Hazlitt, Carlyle, Lakhart, &c.

é inglesa. La primera se diferencia de las demás por ser viva, vehemente y tal vez estraña, como sucede en lady Morgan; la segunda tiene un timbre filosófico, analítico, histórico, y se distingue por sus connotaciones naturales y profundas, pero algunas veces tiene algo de inmundio y pedantesco; la tercera descuellera por el buen sentido práctico, por una ruda sencillez por su energía y por su espíritu de discusion estenso é independiente.

Beattie, filósofo y vate escocés, fué imitado tambien por Byron, á quien se le culpa injustamente por algunos de revolucionario hostil á lo pasado, mientras por el contrario, sostuvo á Popé y á Addison contra Coleridge, y se declaró opuesto á los novadores, porque querian introducir el libertinaje del arte en la poesía nacional. Coleridge, dramático mezquino, adquirió una reputacion mayor que su mérito, mas bien por medio de fantasías brillantes que por creaciones completas y concentradas. Jorge Crabbe, satírico violento, celebra la realidad y la vida humilde y positiva, y enumera las miserias del campesino, no descubriendo en ellas mas que desesperación y angustias. Forman un contraste muy chocante con las poesías de Crabbe, los *placeres de la memoria y de la vida humana*, producciones muy risueñas de Rogers. El ministro Canning manejó con conocimiento las delicadezas de la sátira Campbell, autor de himnos y cánticos militares, posee aquel ritmo docto y aquella armonía que son dotes necesarias para que tengan justa correlacion el pensamiento y las frases. Wordsworth, representante de una poesía sepultada en el olvido por el transcurso de dos siglos anteriores, despliega á la vista las simpatías de lo viviente con lo inanimado. Este poeta de la naturaleza prendado de todo lo que eleva la mente hacia el honor, la moral y la religion, maneja con atrevida frente y dignidad, argumentos vulgares, y usa de un lenguaje tan magnífico, como los espectáculos que contempla. Shelley impugna la Providencia con los bufidos apesados de Satanás.

Southey, educado en los espacios íntimos y fantásticos de los lackistas, siendo aun en sus años muy verdes, cobró muchas alabanzas por su *Juana de Arco*. Habia incitado á los pueblos á la rebelion; pero habiendo visto que la revolucion francesa se habia abismado en el despotismo, blasfemó del progreso, maldijo la civilizacion y se convirtió en poeta. Este vate sencillo, fácil, claro y muy frecuentemente original en sus producciones, fué malquisto y tomado por blanco de las revistas periódicas por el favor que le dispensaba la corte.

Tomás Moore, el pequeño amigo de Bloom, trasplantó los cuentos orientales á Europa, composicion bastarda para nosotros. Este poeta en sus canciones nacionales de Irlanda aplicó palabras patrióticas á las mejores arias de sus montañas, y compuso sátiras muy

punzantes; pero entre su mucha facilidad y brillo alcanza pocas veces el intento de la verdadera poesía.

La que merece ser calificada de poesía popular en su sentido cabal, puede ser saboreada en las composiciones del zapatero Bloomfield, el cual, desamparado luego por sus protectores, falleció abrumado de pesares; y en Allam Cunningham, pobre muchacho escocés, que fué despues gran poeta lírico y crítico muy elegante. Walter Savage Landor es acaso el mas lindo escritor de quien hoy puede vanagloriarse el idioma escocés [1]

Pero la literatura mas verdadera y que lleva el timbre de la actualidad, se encuentra en las cámaras, donde desplega sus galas nutridas de civil sabiduria; pero no estraña á las reminiscencias clásicas.

Es hija de la literatura inglesa la de los norte-americanos; pero éstos, ocupados en conquistar su independencia, y aun mas en la difícil area de ordenarse políticamente, é impelidos sin cesar por un movimiento material é inesplicable, escribieron con mas positivismo que los ingleses, limitándose, sin embargo, á los periódicos; así que no tuvieron hasta nuestros dias autores de nota, y aunque se han modelado por los europeos, no tienen el timbre de la originalidad en un país en que los objetos originales abundan por do quiera. Cooper es un incomparable

(2) Es una circunstancia que merece fijar la atencion de los literatos filósofos, que las mejores poesías en todas las naciones son las escritas ó cantadas en dialecto. La razon de esto es muy sencilla y natural. La lengua culta, y que se emplea únicamente en los asuntos públicos ó de conveniencias sociales, no se connaturaliza nunca con el hombre hasta el punto de formar un solo conjunto entre el hombre físico y moral; por lo que se resiente siempre de cierta impropiiedad que separa la palabra de la idea, cuando por lo contrario, los dialectos, que casi nacen y crecen con los que empiezan á usar de los sonidos articulados, se amalgaman con los afectos naturales, con las virtudes, con los vicios y hasta con los hábitos propios; de suerte que la palabra no se diferencia en nada de la idea y no hace mas que darle formas sensibles y á veces mas robustas. He aquí una de las razones muy poderosa, porque tanto mas se debilita la fuerza expresiva de las ideas, cuanto mas las lenguas se refinan. Los fragmentos de los poetas anteriores á Homero, son mas naturales y expresivos que los poemas del cantor de la *Iliada*, y éste se manifiesta mas fuerte y robusto que todos los demas vates griegos que le siguieron. Virgilio, Horacio, Tibulo, Ovidio y los demas poetas latinos del siglo de oro, nos admiran por su elegancia; pero ninguno de ellos tiene la robustez aunque ruda de Ennio. Esto mismo se observa en la historia filológica de todas las naciones, como puede conocerse estudiando los clásicos primitivos y posteriores de cada pueblo.

[Nota del traductor].